

El Sacramento de la Penitencia

Querido peregrino,

¿Los has notado? Sí, ¿has visto a esos hombres vestidos con túnicas negras o blancas que caminan detrás de los capítulos, tal vez incluso detrás del tuyo? ¿Por qué llevan una estola violeta alrededor del cuello? ¿Por qué algunos peregrinos pasan un buen rato con ellos y luego regresan a su capítulo con una gran sonrisa?

¡Esos hombres con túnica son los dispensadores de la Misericordia de Dios! Porque Jesús ha querido, una y otra vez, esperarnos cuando hemos pecado. Todo el Evangelio es un llamado a la conversión y a la acogida de los pecadores:

"Vete y no peques más", le dice a la mujer adúltera, y repite: *"Tus pecados te son perdonados"* a todos los que se acercan a Él con confianza.

Todos somos pecadores

¿Eres pecador? En cada *Dios te salve, María*, has respondido a esta pregunta: *"Ruega por nosotros, pecadores."* Sí, ¡somos pecadores! ¡Pobres pecadores!

¿Quizás nunca te has atrevido a acercarte a uno de estos "hombres con túnica" que caminan contigo? ¿Quizás has olvidado completamente tus pecados? ¿Tal vez te sientes aplastado por ellos? ¿O no sabes cómo hacerlo?

¡Entonces no tengas miedo, querido peregrino! Antes que tú, en este camino, decenas de miles de personas se han acercado a un sacerdote y han recibido el perdón de Dios, que ha transformado sus vidas y les ha devuelto la paz y la alegría.

Prepárate con la ayuda del *Libro del Peregrino*, haciendo un buen examen de conciencia. No dudes en pedir consejo a tu jefe de capítulo, a los seminaristas, religiosos y religiosas que caminan contigo.

Lánzate a la aventura de la Misericordia del Corazón de Jesús, que te espera... No mañana, no más tarde, sino ahora.

Reconocer la propia miseria

"Misericordia", una palabra, una realidad esencial, la realidad del Corazón de Dios que viene al encuentro de tu miseria. Solo hay una condición: la humildad. Ser lo suficientemente humilde, pequeño, para reconocer tu miseria, para reconocer que necesitas a Dios.



Rembrandt, *Le Retour du fils prodigue* (détail) (1668)

No es fácil confesar todas nuestras faltas... ¡Es verdad! Este paso es difícil, excepto para los niños. Pero, ¡qué paz, qué alegría después de este esfuerzo!

¿Quizás temes lo que el sacerdote dirá cuando le confieses tus pecados? Pero él solo repetirá las palabras de Jesús: *"Vete y no peques más."* También te dará buenos consejos, difíciles de encontrar en otro lugar. Te ayudará si tienes dificultades para decirlo todo, te explicará lo que no comprendes y se alegrará contigo, porque *"hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión."*

Escucha esta historia: es la de un traficante de drogas condenado a 13 años de prisión. Su compañero de celda le habló pacientemente de Dios y le predicó los famosos *Ejercicios de San Ignacio*. ¡Sí, en la cárcel! Y este hombre se convirtió... Hoy da testimonio de su historia y, para expresarla mejor, ha inventado una palabra maravillosa: *"Soy un misericordiado."*

Jóvenes que en este camino descubriste el Amor de Dios, padres o madres de familia agobiados por una vida difícil, o aplastados por el peso de la Cruz, ¡convertíos también vosotros en *misericordiosos*! Dejad que os ame Aquel que derramó toda su Sangre por vosotros.

Y vosotros, peregrinos, que estáis acostumbrados a confesaros, aprovechad esta oportunidad para hacer una confesión mejor que de costumbre. En este camino, tenéis tiempo para prepararos, para hacer un buen examen de conciencia y para despertar en vuestra alma una contrición sincera.

Porque la disposición principal para la confesión es la contrición. No es un añadido, es la esencia misma del retorno a Dios.

Arrepentirse de los propios pecados

Lo que Jesús espera de cada uno de nosotros es, sobre todo, un arrepentimiento sincero y verdadero por haber pecado, por haber ofendido a Dios. Sin este arrepentimiento, nuestras confesiones no tienen valor. Y este arrepentimiento sincero implica necesariamente un firme propósito de no volver a pecar. De lo contrario, ¿no estaríamos burlándonos de Dios?

Es este propósito firme el que nos ayudará a encontrar medios concretos para no caer en el mismo pecado. Por ejemplo, renunciar a ciertas amistades, evitar ciertos programas, etc.

Sin embargo, incluso con esta firme resolución, puede suceder que caigamos de nuevo en el pecado. Podríamos entonces pensar: *«¿Para qué confesarme, si al final siempre vuelvo a hacer lo mismo?»*

Queridos peregrinos, tengamos mucho cuidado de no confundir *«querer pecar de nuevo»* con *«saber que probablemente volveremos a pecar»*.

Por ejemplo, una persona que se acusa de haber sentido ira y que no quiere volver a hacerlo hace bien en confesarse, aunque sepa que, debido a su temperamento, probablemente caerá de nuevo en ello. La hipocresía consistiría en decir *«me acuso de haberme enojado»* mientras en su interior tiene la intención de seguir haciéndolo.

¿Lo has entendido? Volvamos entonces a nuestro Dios, como un hijo que regresa a su padre después de haberlo ofendido, con gran humildad y una confianza sin límites, como el Hijo Pródigo.

Queridos peregrinos, este camino entre París y Chartres es hermoso, muy hermoso, porque antes que ustedes, y pronto con ustedes, ha sido el camino del perdón, el camino de la Misericordia, el camino del Amor de Jesús.

Así que no tardéis más y acudid a uno de los sacerdotes que nos acompañan: le daréis a Dios la alegría de hacer de vosotros un nuevo *«misericordiado»*!

Y no tengáis miedo:

- El sacerdote al que os dirigís sabe cuánto cuesta dar este paso, porque él mismo, como pecador, también se confiesa.
- Además, ha escuchado muchas confesiones y nada puede sorprenderle.
- Finalmente, en su calidad de representante de Cristo, está obligado al secreto más absoluto: el sigilo sacramental de la confesión no puede, bajo ninguna circunstancia, ser revelado.

Ahora guardemos silencio para reflexionar sobre la belleza de este maravilloso sacramento y para prepararnos, consultando nuestro *Libro del Peregrino*.

Algunas obras de referencia...

La Divina Misericordia

- *Dives in Misericordia (La Misericordia Divina)*, encíclica de San Juan Pablo II, 1980.
- *Reconciliación y Penitencia*, exhortación apostólica de San Juan Pablo II.
- *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1420-1498.

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Para adultos

- *Por qué y cómo confesarse*, del Padre A. Romero, Éd. du Laurier.
- *Se buscan pecadores*, del Padre Bernard Bro OP, Éd. du Cerf.
- *Los sacramentos de la misericordia*, de J.-C. Sagne OP, Éd. Mediaspaul.
- *Las maravillas de la confesión*, del Padre Paul O'Sullivan OP.
- *La penitencia*, de Dom Bernard Maréchaux OSB, Éd. du Sel.
- *El arte de confesarse*, de H.-Ch. Chéry OP, Éd. du Cerf.

Para niños

- *Mi cuaderno de confesión*, de Monique Berger, Éd. Transmettre.
- *Pequeña guía para la confesión de los niños (de 7 a 10 años)*, de Jean-Paul Savignac, Éd. du Laurier.
- *Mi guía para la primera comunión y primera confesión*, de Madeleine Russocka, Éd. Transmettre.

Citas B – El Sacramento de la Penitencia

"Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad."

— Primera epístola de San Juan (1,9).

"Hay quienes dicen: 'He hecho demasiado mal, el Buen Dios no puede perdonarme.' Esto es una gran blasfemia. Es poner un límite a la misericordia de Dios, y sin embargo, no la tiene: es infinita. [...] Necesitamos mucho la luz del Espíritu Santo para conocer nuestros pecados, porque nuestro corazón es el asiento del orgullo, que solo busca maneras de hacernos creer que nuestros pecados son menores de lo que realmente son. Ved entonces que absolutamente necesitamos la ayuda del Espíritu Santo para conocer nuestros pecados tal como son. [...] La misericordia de Dios es como un torrente desbordado. Arrastra los corazones a su paso."

— Santo Cura de Ars.

"¡Oh! Si los pecadores conocieran mi Misericordia, no se perdería un número tan grande. Habla a las almas de los pecadores, para que no teman acercarse a Mí, háblales de mi Misericordia."

— Revelaciones a Santa Faustina.